

viento para enardecernos. Cuando quiero paz, pídosela de seguro á un arpa; cuando quiero fervor y entusiasmo á una trompeta. Siempre hallo en la música un elemento que completa las deficiencias de mi ser ó que imita el mundo exterior. Ya conozco yo las burlas divulgadas contra la pretensión de los músicos que pretenden reproducir la naturaleza. Yo me acuerdo de que, ufanándose el citarero Timoteo con imitar una tempestad en su cítara, le contestó el flautista Zorcín que mayores tempestades había él oído en su puchero; mas no podéis desconocer los felices resultados conseguidos por la música cuando quiere imitar lo naturalmente inimitable por sus medios y en sus recursos. La música tiene igual antigüedad que nuestra especie. Doquier han ido aquellos griegos investigadores de los orígenes del mundo, han encontrado serle al hombre tan propio el cántico espontáneo como á las aves canoras. En los templos egipcios y en los sepulcros egipcios ven-se orquestas y coros con timbales y clarines. Yo me agrado mucho ensayándome á tocar la caldea sambuca y la zampoña babilónica, cuyos sonos evocan las pasadas edades y resucitan los dioses muertos. No puedo comprender la repugnancia de tantas gentes al mimo, cuando la mímica tiene universalidad, de que carece la palabra, y los hombres, apartados por la diferencia de lenguas, se comprenden y se comunican con gestos más fácilmente que con frases. Así nosotros contamos con más cómicos que ciudadanos y hay á veces en los escenarios del teatro mucha más gente que en las graderías del público. Por este medio hemos logrado la familia de los césares esa obediencia de los antes rebeldes romanos, consumidos ayer en guerras civiles, hoy dichosos en paz perpetua. Y si han perdido nuestros conciudadanos en prácticas de libertad y en ejercicios de derecho, han ganado en finura de oído. La superior disciplina impuesta por el nuevo régimen augusto, se conoce á maravilla con observar cómo llevan los romanos la medida de cánticos y coros con el pie. Yo he fundado los afines, los certámenes músicos, y conseguido con ellos mayor aprecio de las gentes á una hoja de laurel ganada con la lira y el cántico que á una corona de roble ganada en los homicidas combates. Si me dicen mis críticos por qué hago tal, observaréles cómo también tañía y cantaba el furioso Aquiles y la cítara de sus manos jamás

mermó la espada de su cinto. En Roma nadie va hoy á los comicios; pero todo el mundo al teatro. No votan, pero vocalizan á más y mejor los romanos. Y á quien me diga que todo esto proviene de mis manías personales, respondédeles como Sylva con toda su gravedad fué á la música muy aficionado y tuvo sus favoritos en canto y armonía como tengo yo á mi predilecto Mene-crates. Cuando yo vine al mundo encontréme ya que los patricios romanos guardaban los plectros con que tañedores asiáticos solían pulsar sus liras y que los patricios se desvelaban y desvivían por el cántico y por los cantantes. Figelio encantó con sus sonatas los oídos de Julio César. En premio de su destreza en tañer y danzar, Antonio entregó al citarero Anaxenoro los tributos de tres provincias. Calígula llevó tras de sí y en casi todo su reinado al tenor Ascalón. Y en cuanto á mí, haré del mundo un órgano inmenso, del cetro una varilla, del pueblo un coro, del emperador un corifeo, de la vida una grande armonía, de los combates entre dos ejércitos un dúo en que concuerde todo lo discorde, de los dominios romanos una inacabable sinfonía y de la religión un himno.

— Yo jamás pasaré, jamás, Nerón, por que las gentes crean en-



Bailarina



señanzas más esas propensiones tuyas — dijo con severidad Séneca. — El apego á la música trae consigo aparejado el despego á la ciencia, y mientras la música en sus acordes adormece las almas, despiértanlas y esclarecenlas mucho las ideas. El baile se ha sustituido al derecho. Nadie podría soportar la ociosidad en que ha caído el patriciado, si no viniesen músicas y danzas con sus complacencias á entretenerla ó encantarla. No hacen otra cosa los jóvenes romanos que cantar en vez de sistematizar ideas. Sus gargantas atormentadas, sus dedos que fingen tañer hasta en el aire, sus pies que llevan la medida, sus cabezas que se balancean como al soplo del viento la copa del árbol, dicen á voces que todos sus órganos bailan en la parálisis y ataxia de sus inteligencias. Así el corazón tiene los movimientos indispensables á la vida, pero no tiene los afectos indispensables al espíritu. Yo he visto á muchos tararear en los entierros como si estuvieran de boda. Y el mal es tanto mayor cuanto que, so pretexto de oír sinfonías y componer cantatas, comen hasta reventar, beben hasta emborracharse, danzan hasta padecer terribles vértigos y gozan hasta morir de inanición en una muerte anticipada por las consunciones en el placer. La música, desde los tiempos más remotos, ha servido como la corrupción de cómplice á los tiranos y aparejado los pueblos á la esclavitud. El arpa resonó por primera vez al pie de las pirámides levantadas por el despotismo. Los trógonos han encantado á la continua el harén asiático. Los atambores en la mano suponen los hierros al pie. Desde las campanillas hasta las castañetas suenan á esclavitud. El sistro es de igual materia que las cadenas. Las palmas por el aire mecidas, las rocas y piedras crujiendo al calor, los animalículos cantores en el Nilo han dictado sus canturias monótonas al egipcio que se consoló con ellas en imperio parecido á una cárcel. Nosotros cuando éramos libres no teníamos en realidad más que dos instrumentos, la flauta para los sacrificios y la trompeta para los combates. Pero en cuanto vinieron los músicos extraños, es decir, la irrupción artística, en la cual fuimos los conquistadores conquistados, ya perdió Roma su libertad y el arte su gusto. Yo, Nerón, cúrome de tu educación y de tu cultura con un propósito, con el propósito de conseguir que no llore la República el pueblo y se crea hoy á la sombra de tu palacio tan soberano como lo fuera un tiempo al

amor de su libertad. Y para este fin heme propuesto apartarte de cuanto conspire á corromperte, y encuentro un principio de corrupción en la música. El preceptor de un príncipe no puede compararse al preceptor de un particular. El inferior, cuando enseña é instruye á un superior suyo, no puede, no, dirigirle mandatos; tiene que limitar su amor á darle consejos. Yo habré de aconsejarte, discípulo mío, un respeto escrupuloso al derecho de los ciudadanos hasta el extremo de hacerles olvidar sus instituciones republicanas por compadecerse á maravilla el Imperio con la libertad. Si encuentran este bien supremo bajo tu cetro, no temas el retroceso al antiguo régimen. Los césares habéis logrado la paz, de cuyos beneficios tan por todo extremo necesitada se reconoció y se proclamó la vieja Roma herida por las guerras civiles. Pero con la paz no basta; porque si el silencio, si la inercia, si la parálisis han de reinar en ella, parecennos preferibles las mismas convulsiones de la guerra; pues en los movimientos más desordenados está la vida, y ciertos reposos y cierta quietud perdurable aseméjense de suyo á la muerte. Por consecuencia, Nerón, siempre que tú me hables de baile ó de música, yo deberé hablarte á ti sobria pero sinceramente de virtud y de libertad.

— ¿De libertad? — preguntó Lucano, el joven poeta de la República, invocando ideas, las cuales eran como las Musas de sus poesías. — No hay cosa que tanto necesite ser querida de todos y en todos apoyarse como aquella que todos han menester, como la libertad. Y Roma no la quiere. Siempre que pronunciéis tal nombre aquí donde no puede soportarlo el aire, habrá de sucederos lo mismo que le pasó á Bruto y Casio después de haber inmolado á César en aras de la República y haber con todas sus fuerzas y con toda su voz gritado libertad en los sordos oídos del pueblo romano. ¡Ah! Nadie sabía qué significaba libertad tal. Nadie sentía la fuerza que pide y necesita el ejercicio de institución y gobiernos tan altos como la República. El envilecimiento propio de la servidumbre había llegado ya entonces á todas partes y corrompido hasta el tuétano de los huesos romanos. Aquel Julio César, tan bendecido, no tuvo, cuando lo apuñalaron, en la sacra curia de los patricios, no tuvo en el Senado, que lo divinizara un día, sino dos senadores bastante fuertes de ánimo y de conciencia para correr en su auxi-



lio. Los que no estaban en la sublevación, y por ende no participaron en el crimen, huyéronse de prisa y de galope, aturcidos, por si había necesidad imprescindible de algún esfuerzo y de algún pensamiento en sus paráliticas voluntades y en sus apagadas conciencias. Marco Antonio, tan valiente, corrió á su casa; y en el desván de ella disfrazóse con traje de siervo para escaparse de la República y de la libertad. Pero así como no tuvo defensores el tirano, tampoco los tuvieron sus enemigos. Al clamor que les apellidaba libres respondieron los romanos con la más implacable indiferencia. Después de haber Bruto y Casio recorrido aquellas calles consagradas por tan sacrosantos recuerdos políticos; después de haber evocado el numen de las Curias, donde resplandeciera tanto tiempo la majestad augusta del pueblo-rey; después de haber pronunciado la palabra Comicios, en que generaciones de generaciones ejercieran el gobierno popular; después de haber conjurado para que resucitasen á la tribuna del Foro y á la mayor elocuencia conocida en el mundo, encontráronse los defensores de las viejas leyes con que las pasiones populares no respondían á sus palabras porque faltaban las ideas contenidas en estas palabras; pues aquellos hombres que levantaban sus togas como pudieran los esclavos levantar sus cadenas y que blandían al aire los puñales con que acababan de inmolar la tiranía, semejaban artificiosos actores, representando en lengua extraña una extravagante y arcaica tragedia que ningún espectador comprendía. Y conforme iban llegando á los sitios más consagrados por nuestra vieja liturgia de República y libertad, iba también la indiferencia pública trocándose primero en horror helado á los salvadores y de horror helado en abierta hostilidad. A la vista de tal recibimiento salíanse los republicanos por las laderas del Capitolio so pretexto de presentarse á Júpiter en homenaje, pero realmente para desasirse de la plebe y en aquel seguro asilarse. Mientras tanto los escasos devotos que podía la desgracia conservar en pueblo tan corrompido, cogieron el cadáver de César y lo echaron en la litera misma donde había ido el dictador, la cual estaba en la puerta del Senado, y lo condujeron así á su palacio. Mal colocado y peor conducido, al andar de los conductores movíanse los brazos, los pies, la cabeza, con esos movimientos siniestros del cadáver, falto de su principal motor, el empuje de su

cerebro. A mayor abundamiento salió la esposa de Julio César, Calpurnia, desoladísima, por sus propias uñas arañada, el vestido roto y en desorden, fuera de sí, dando gritos inspirados por su dolor natural; y aquellas gentes populares, que no se habían engreído al renacimiento de su libertad, enfurecieron á la muerte de su amo. Y sabedor Antonio de la indiferencia del pueblo respecto de sus libertadores, quitóse con presteza el disfraz que se había puesto para huir, y corrió á casa de Calpurnia en requerimiento del cadáver de Julio César que pensaba disponer como pedestal de su propia grandeza. Calpurnia le dió el testamento de César con los tesoros allegados en sus arcas y los documentos registrados en sus archivos. Con los documentos, interpretados á derechas ó á torcidas, creyóse Antonio un César, é inauguró el reinado de la barbarie; con los tesoros creyóse un Creso, é inauguró el reinado de la corrupción. ¡Terrible desengaño el de Bruto y Casio haber huído de César para encontrarse con Antonio! Y al encontrarse con milite tan feroz, borracho siempre, incapaz de todo pensamiento bueno y de todo acto moral, aún tuvieron que adularle y requerirle de amigo para ver si los acorría y salvaba. Y él, como ciertas alimañas, feroz y astuto á un mismo tiempo, se dejaba querer, y devolvía taimadísimos halagos á los requerimientos patricios, hasta indagar bien sus fuerzas y saber á ciencia cierta quién se quedaba con Roma. El despotismo iba descendiendo hasta convertirse por completo en monarquía militar. Bruto y Casio no tuvieron más remedio que huir de Roma. El día consagrado á los funerales de César estuvieron en trance de muerte. El pueblo cogió los tizones de la hoguera donde se consumiera el cadáver de César, y corrió á quemar las casas de los republicanos. Al poco tiempo cayeron vencidos en los campos de Grecia. Y no le quedó á Bruto más refugio que la muerte. Bajo unos árboles muy verdes, al borde pintoresco de un arroyo muy claro, al pie de una colina muy hermosa, el representante postrero de la República y de la libertad miró frente á frente sin pestañear el próximo paso de este mundo á otro mundo mejor. Antes de partirse para siempre se tendió en tierra, dando los alaridos que demandaba el duelo debido á sus deudos y á sus partidarios allí finados. Seguidamente, y cumpliendo con su deber, después de haber llorado por los vencidos, lanzó sus maldiciones sobre los



vencedores. Hecho esto, dirigióse á los capitanes sobrevivientes en súplica de que le clavasen sus puñales y lo remataran allí con la mayor prontitud. Todos rehusaron. La noche venía, noche tranquila del Oriente, y se acercaban los imperiales muy anhelosos por atrapar la mejor de sus presas, al representante último de la República en Roma. El pánico se difundió entre las filas republicanas y oyéronse muchas voces que decían: «huyamos.» Bruto se quedó firme y erguido con la mayor serenidad. En aquel instante ya la noche había venido sobre todos. Susurraba el arroyo, despedían aromas las plantas, zumbaban los insectos del crepúsculo, las aguas corrientes se plateaban en la incierta luz, por los cielos azules resplandecían innumerables aerolitos. La indiferencia del universo acabó por sublevar á Bruto, cual en otros días lo sublevará la indiferencia del pueblo. La República se acababa y lucían los astros con claridad nueva, y se transparentaban los cielos en su divina serenidad, y las flores abrían sus corolas como para una fiesta, y entonaba el arroyo su idilio melodiosísimo, y sacudían los árboles su polen de vida y amor. Viéndolo todo riente y armonioso alrededor de su acerbísima pena, lanzó una terrible desesperada negación á la virtud, y se arrojó de golpe sobre su espada puesta en el suelo de punta, la cual, más compasiva que los hombres y los elementos, rematólo en aquel trágico minuto. Aquella noche y con aquel hombre murieron la República y la libertad en tales términos que se borraron sus sendas memorias y desaparecieron hasta sus últimos vestigios. Entonces se vió el crimen legitimado por la victoria, y el pueblo arrancándose con sus propias manos las entrañas. Los dos ejércitos contrarios llevaban las mismas enseñas y combatían bajo las dos alas de la misma romana águila, y adonde no había podido penetrar en sus furores el hierro de los extranjeros penetró el puño de nuestros mismos hermanos. ¡Oh! ¡Cuánto echamos de menos la República!

— Lucano — exclamó Nerón casi descolorido de rabia, — ¿olvidas cómo los descendientes de la estirpe Julia nos asentamos hoy en el sitio mismo antes por la República ocupado y dirigimos el mundo romano á virtud de los mismos hechos por tí lamentados hoy en esas luctuosísimas querellas?

Persio y el mismo Séneca palidecieron á esta observación del

príncipe. Allí, en aquella corte semiasíatica y en aquellos tiempos tan por todo extremo contrarios á la libertad, un fruncimiento de las cejas del príncipe os costaba la vida. Lucano cantaba por aquellos días los tiempos de las guerras civiles, y á fuer de buen poeta, se añoraba de la perdida libertad. Había para esto cierta tolerancia en Roma, tanto más, cuanto que los césares se creían continuadores de los tribunos y llevaban en los labios el derecho que aborreían en el alma. Permitían, pues, alguna expansión á los que lamentaban la ruina de los viejos principios y pedían su restablecimiento. Pero Lucano, engolfadísimo en la historia de aquel extraordinario tiempo, amábala tan de veras, que á veces plañía su desaparición, tomando aires y acentos muy parecidos á los que tomaran en cien trances muy amargos de la República sus postreros defensores. Así le había pasado en el minuto ahora traído á las mientes. El dejo sardónico de Persio y el discurso vigoroso de Séneca le habían despertado en tropel todas las ideas republicanas é impulsádolo á recordarlas con tal pureza que parecía uno de los últimos patricios levantados contra César ó contra su heredero y sucesor Augusto. Y como todo pendía de los caprichos cesáreos, ninguna cosa en el mundo aquel estaba sujeta de suyo á regla, por lo cual así podía verse con benevolencia como con saña cualquiera expresión de pena por la República muerta. Y Lucano debió temer algo así cuando dijo inmediatamente después del discurso republicano este otro casi asiático tan opuesto al anterior.

— ¡Ah, Nerón! Si han sido necesarios todos estos crímenes para tenerte como inmediato sucesor de Claudio; si para el reinado benéfico, que aguardamos de tu bondad han sido indispensables las catástrofes antes lamentadas, en buen hora vinieron, y debemos holgarnos con impiedades y crímenes tan admirablemente compensados. Que Farsalia viera enhiestos de cadáveres sus campos pútridos; que sobre las ruinas de Cartago, por nosotros vengada, cayera un diluvio de latina sangre; que alrededor de las murallas de Munda hubiese otra muralla de incendios y rescoldos; que Perusa muriera de hambre y Módena de dolor, y se rompieran nuestras flotas en las dunas de Leucades y se levantaran los esclavos blandiendo sus hierros enrojecidos en las fraguas del Etna, todo puede y debe parecernos poco, sin excluir las guerras civiles, puesto



que á todo ello debemos tu fortuna, ¡oh admirado Nerón! Cuando te hayas cansado alguna vez de vivir aquí en el mundo y te decretes por tu propia voluntad ó en conciencia el tránsito á las alturas, subirás en plena juventud al Olimpo, y los palacios del cielo por ti preferidos saltarán de gozo á una sobre sus cimientos; y ora quieras tú sobrellevar el cetro áureo en la diestra, ora tenderte á lo largo en la carroza del sol, ora cual otro Febo te ocupes en iluminar la tierra, ora establezcas tu habitación en la estrella Norte ó en la estrella Sirio, los dioses á una te dejarán sus respectivas sedes para que mantengas el equilibrio de los astros y nos muestres sin una sola nube tu radiante faz en el espacio infinito.

Persio y Séneca se miraron de reojo y no pudieron menos que sonreirse á la consideración del cambio repentino causado en Lucano por el fruncimiento de las cejas de Nerón. Éste, quizás más avergonzado de las tristes adulaciones que el mismo adulator, interrumpió aquellas enfáticas frases diciendo, para que Lucano reanudase sus bien hilados discursos, que podían compadecerse con facilidad el culto al imperio con el culto, por ejemplo, á Catón, pues se hallaba éste muy lejos en el tiempo.

— Y tan lejos — exclamó Séneca, — como que Catón fijó siempre la vista en lo pasado, creyendo salvar la religión de sus privilegios con las prácticas vacías de su continuada liturgia. Vestir como vestían los antiguos; hablar á la vieja usanza; volver por los giros arcaicos; en todo conservar las costumbres patricias; asistir al Senado con la puntualidad más exacta; sostener con las prácticas más rutinarias todo cuanto se arruinaba en aquella sociedad y todo cuanto anocheía en aquella conciencia: he ahí el ministerio de Catón, cuando Mario entraba con sus héroes cimbrios bajo los arcos de triunfo; cuando Sila expedía sus sicarios con el puñal en una mano y en otra la tea para exterminar desde los hogares hasta los cuerpos de sus enemigos; cuando los templos se trocaban en fortaleza y el foro en campo de batalla; cuando los mismos terremotos sacudían las colinas de los plebeyos que las colinas de los patricios; cuando, infestadas las costas de piratas, los montes de siervos, las calles de facciosos, las casas de conjurados, entre las humaredas y los relampagueos del incendio, sobre los mares de sangre, paseaban como furias por los escombros humean-

tes y entre cadáveres amontonados turbas de corrompidos cortesanos y turbas de voluptuosos epicúreos, quienes, aguardando una muerte próxima, dábanse al placer fácil ó rápido, mientras evocada por tantos crímenes y tantos errores iba sobre todos á más correr la tiranía universal. Lo que agrandara principalmente á Catón en la memoria de los hombres fué su culto á un ideal, pues los ideales extintos se asemejan al sol transpuesto ya por el ocaso en que doran con sus últimos rayos las cumbres más altas del humano espíritu y las frentes más espaciosas y más amplias en nuestra especie misérrima. Tu divino predecesor, Nerón, Augusto, dueño de un poder que hubiera Júpiter envidiado, no consintió hablar en su presencia mal nunca de Catón, no obstante personificar éste la República, porque también personificaba la verdad.

— Yo — dijo Nerón — también quiero, Séneca, lo que tú quieres; también quiero proceder de suerte, ahora en este período de poder indirecto y en el período de poder directo más tarde, que las gentes no vuelvan con envidia los ojos al antiguo carácter profundamente republicano de las instituciones desaparecidas y muertas. Yo quiero también resucitar á Grecia; yo quiero parecerme á Pericles. Entre aquellos nombres más gloriosos por mí leídos en los anales de la historia no encuentro un genio, pero absolutamente ninguno, con virtud para imponer admiración secular sin reservas y sin límites á la posteridad. En las ánforas de oro cinceladas por los buriles de inspirados escultores he bebido yo hasta embriagarme de su divino zumo las ideas helénicas, y las he convertido en sangre de mis venas, en fibras de mis carnes, en materia de mis huesos. Y el genio griego es música, es melodía, es cántico, y los pueblos griegos son verdaderos coros que sin cesar entonan himnos llenos de inspiración á la gloria. Ellos, y ellos tan sólo, esos admirables griegos han resuelto en una superior armonía y concierto las contradicciones de sus combates. Yo quiero hacer de nuestra Roma, demasiado grande y colosal y asiática, una dulce Atenas en la cual hasta las piedras canten, y quiero hacer de mi gobierno propio algo parecido en paternal y en republicano de veras al gobierno de Pericles, aunque no puede tener como aquél tenía forma de República. Examinad ese gobierno y veréis qué huellas dejó de sí en el suelo ático y qué recuerdos en la griega historia. Lo cierto es